

morfosintaxis ofrece un rico panorama: problemas de concordancia de género y número, ausencias de artículo definido, uso peculiar de los demostrativos, usos anómalos de los clíticos, ausencia de verbos copulativos, etc., panorama lo bastante amplio como para motivar investigaciones detalladas en un *corpus* más amplio. Más que remitir el problema a cuestiones de sustratos o no, o de supuestos dialectos indígenas, este tipo de fenómenos puede verse, me parece, como un proceso de bilingüismo, en el que una serie de gramáticas respaldan diferentes estrategias resolutivas, con frecuencia asociadas a factores sociales. En definitiva, se trataría de ver el problema en sus aspectos dinámicos, como cambio en curso.

Por fin, el último trabajo que quisiera comentar es el de Javier Cuétara, en el que se aborda la descripción del alófono palatal de /k/, para analizar el reconocedor de voz DIMEX. Es este sólo uno de los muchos aspectos de un proyecto sin duda complejísimo y de gran alcance. Viendo por cierto las listas de Mexbet, el alfabeto fonético computacional, llaman la atención algunos detalles: que /s/ se catalogue como alveolar, cuando en todo caso es predorsodentoalveolar, o que se dé como palatal fricativo sonoro el signo /ʒ/, que es posalveolar en el Alfabeto Fonético Internacional, cuando el signo que se esperaría es /j/ (la aproximante palatal sonora), o en todo caso /j̃/, la fricativa palatal sonora, o que tratándose del habla de la Ciudad de México se incluya la aspiración laríngea sorda. La iniciativa y sus repercusiones son, en todo caso, de gran valor.

Hay desde luego muchos otros trabajos de interés en el volumen, pero no me voy a detener en ellos en este momento. Se trata, en conjunto, de materiales que cubren muy dignamente el propósito con el que fueron convocados, y que han de servir, sin duda, para seguir alentando el desarrollo de los estudios lingüísticos en México.

PEDRO MARTÍN BUTRAGUEÑO
El Colegio de México

LUIS FERNANDO LARA, *Curso de lexicología*. El Colegio de México, México, 2006.

Este libro introduce al estudio de una unidad básica de la disciplina: *la palabra*, así como al de las vías teóricas y metodológicas para analizar el dato léxico. La intención del texto es familiarizar al lector con estos conocimientos, a la luz de un enfoque docente. Sus contenidos y estructura didáctica son la aportación de un lingüista que ha dedicado larga parte de su vida a trabajar con *las palabras*, tanto en el marco del estudio científico del lenguaje, como en el de su uso en la vida cotidiana. Este lingüista es Luis Fernando Lara.

El *Curso* consta de un prólogo donde el autor explica su posición científica entre las corrientes de la lingüística, así como el uso pedagógico del texto. Sus enseñanzas se agrupan en dos partes: la determinación de la unidad palabra y el léxico y su estudio. En la primera de ellas, la *palabra*, perceptible para los hablantes de todas las lenguas y, sin embargo, recurrentemente puesta en duda como componente formal de la lingüística, es la que conforma el eje conductor de la disertación. El autor se da a la tarea, por demás laboriosa, de construir el puente conceptual que muestre el papel heurístico de la palabra en el descubrimiento de los signos lingüísticos. La segunda parte sustenta y explica las propuestas de Lara para el estudio del léxico. La obra termina ofreciendo un cuidadoso índice analítico que es de enorme valor y utilidad para el lector.

El texto es en todo momento riguroso en la exposición y discusión de los conceptos y categorías que estructuran el saber sobre la *palabra* y el saber hacer del lexicólogo. El índice es indicativo del orden estricto con que se va a conducir al estudiante por los niveles del análisis lingüístico, señalando en todo momento el papel particular que en ellos tiene la *palabra*: 1) La palabra fonológica; 2) La unidad de denominación; 3) La palabra morfológica; 4) El significado de la palabra; 5) La palabra escrita; 6) De la unidad palabra al vocablo. De igual manera, el tratamiento del léxico responde a un cuidadoso arreglo metodológico: 7) La recolección de datos léxicos; 8) Estudios cuantitativos del léxico; 9) El estudio cualitativo del significado léxico; 10) El léxico, símbolo social; 11) La etimología.

De entrada, anoto que se trata de un *Curso* donde el objeto de estudio no pone casa aparte, con muros de deslinde fuertemente custodiados –como ocurre con ciertas corrientes contemporáneas de la lingüística. Su autor circula por veredas múltiples del estudio del lenguaje, recuperando ideas y postulados expuestos desde la antigüedad clásica y reconociendo los vínculos de la lingüística con otras áreas del conocimiento como la psicología, la antropología, la física y las matemáticas. Es también rasgo particular de este *Curso* el aprovechamiento de ejemplos de diferentes lenguas, ya sea ágrafas, como las indoamericanas, ya de tradición escrita, como las indoeuropeas.

Consistente con su apertura epistemológica, pero al mismo tiempo con las demandas de la reflexión y explicación lingüística, el capítulo I se ocupa de introducir el reconocimiento de las unidades fonéticas y fonológicas de diversas lenguas. Este nivel de análisis inicial puede parecer árido a los estudiantes que tocan por primera vez las puertas de la lingüística, pero Lara procuró encontrar campos de aterrizaje para los conceptos abstractos. De esta suerte, pone al lector en contacto con formas antiguas de comunicación y representación escrita, explicando la preeminencia de la producción oral. De igual modo, explica hipótesis recientes para lograr comunicaciones extra-

terrestres y hace mención de ejemplos procedentes del cinematógrafo, que le son familiares. En este contexto se presenta la dicotomía saussureana del signo: significante y significado, y paso a paso enseña a reconocer la forma sonora de las palabras –primer nivel de análisis– aportando ejemplos de sus unidades mínimas en diferentes lenguas, de su inspección fonética en el espectrograma y de su combinatoria fonológica y silábica –segundo nivel de análisis.

En el capítulo 2 se introduce al lector en la complejidad de las formas de la denominación y se hace explícita la orientación que se seguirá en el desarrollo del *Curso*. Al rescatar la doble definición que de la lengua ofrece el ilustre Guillermo de Humboldt –*ergon* (producto) y *energeia* (actividad)– Lara inclina su balanza del lado de la *energeia*: la lengua como actividad y la *palabra* como *acto de denominación* donde se distinguen las *unidades de denominación* y las *de cita*. La disertación lexicológica del *Curso* se ubica, así, en el terreno de la lingüística pragmática. No por ello, sino a causa de ello, nuestro autor se preocupa por recuperar, para el estudiante, el recorrido histórico de las reflexiones sobre el lenguaje, desde su ubicación en los tratados de filosofía, hasta su reconocimiento como objeto de estudio de la lingüística moderna. Acudiendo en todo momento a ejemplos ilustrativos en distintos idiomas, el *Curso* explica, en este tercer nivel de análisis, el papel heurístico y el lugar de la *palabra* en el descubrimiento y descripción de los signos de la lengua.

En el capítulo 3, Luis Fernando Lara accede al cuarto nivel de análisis lingüístico, tomando como punto de partida la interpretación que dio el lingüista danés Louis Hjelmslev, del signo saussureano. En ella, el significado corresponde a la sustancia y forma del contenido y el significante a la forma y sustancia de la expresión. Nuestro autor lleva a cabo una cuidadosa explicación de la forma del contenido y de los conceptos que explican la situación de la palabra en el dominio de la morfología. Además, hace evidente, con gran claridad, el papel de la segmentación y presenta prolijamente, en varias lenguas, las pruebas y niveles de cohesión entre morfemas. Después de esta elaboración, el autor enuncia en este capítulo las tres condiciones suficientes y necesarias para la delimitación de la unidad *palabra*.

Entrar en los dominios complejos de la formación del significado; introducir las configuraciones de carácter perceptual; señalar el papel de la lengua histórica y el de su componente cultural, así como ofrecer las explicaciones pertinentes con ejemplos de diferentes familias y tipos de lenguas, es una tarea por demás ardua. No obstante, Lara emprende este desafío en su cuarto capítulo, con la finalidad de lograr, en sus propias palabras, “la caracterización completa de la unidad palabra y los métodos para definirla en cada lengua” (p. 109). Con ello determina la ubicación de la *palabra* en los terrenos de la lingüística.

Ahora bien, un libro escrito, no necesariamente pero sí primariamente, para lectores que hablan español, lengua de tradición escrita, no podía dejar de lado el tratamiento de la palabra en la escritura. A ella se dedican los capítulos quinto y sexto.

El autor inicia el capítulo 5 haciendo referencia al devenir histórico de los sistemas de escritura. Posteriormente, se detiene en la exposición de las reglas del sistema fonográfico del español, que tienen una correspondencia muy cercana con el sistema fonológico y, asimismo, diserta sobre ciertas excepciones donde parece inmiscuirse la determinante morfológica, tal como ocurre en los sistemas escritos del francés y el inglés. A mi juicio, una razón medular que justifica el estudio de la palabra escrita es la demostración del efecto que ejerce el sistema de escritura sobre la delimitación de la *palabra* en diferentes lenguas. En México, donde decenas de idiomas amerindios inician apenas su inserción a la escrituralidad, es fundamental ofrecer las bases que permitan el reconocimiento de la palabra en su estructura fonológica, gramatical y de significado. Únicamente, a partir de un enfoque lingüístico integral y riguroso, los lingüistas indígenas pueden llegar a delimitar las características de la expresión gráfica de la *palabra* en cada una de sus lenguas.

Finalmente, al ocuparse de la presencia de la *palabra* en los diccionarios, tema sobre el que el saber de Luis Fernando Lara es irrefutable, nuestro autor va a bordar finamente sobre la *unidad de cita*, expuesta desde el segundo capítulo. Su objetivo aquí es explicar al estudiante en buen romance la diferencia entre palabra y vocablo.

La segunda parte de este *Curso de lexicología* incursiona en la teoría y la metodología para el tratamiento de los datos léxicos. En mi experiencia, la necesidad de diccionarios en las más de sesenta lenguas indígenas de nuestro país se hace cada día más urgente, por lo que considero fundamental que todo estudiante que desee iniciarse en el trabajo con el dato léxico se acerque, con suma atención, a la totalidad de esta sección del *Curso*.

Nuestro autor introduce, en los capítulos 7 y 8, recurriendo a un discurso menos especializado y más llano que el de la primera parte, explicaciones precisas para entender los conceptos clasificatorios del léxico: *a)* tipos de vocabulario, fundamental, activo, pasivo y disponible, *b)* tipos de léxico –el del individuo, el del grupo y el de la lengua histórica. A partir de esta introducción conceptual, el *Curso* ofrece un amplio escenario metodológico con su instrumental técnico-matemático para el análisis cuantitativo.

Al tratar el estudio cualitativo del léxico, en el capítulo 9, Lara advierte la influencia que tuvo el pensamiento del lingüista Eugenio Coseriu en el estudio estructural del léxico. Sin embargo, a lo largo de varios párrafos, nuestro autor discute y descarta, sustentado con ejemplos y resultados, los parámetros tradicionales de esta semántica

estructural y se pronuncia por seguir los lincamientos que aporta la lingüística pragmática: “Muy probablemente se den cuenta de que lo tratado en los cuatro párrafos anteriores contradice la enseñanza estándar de la semántica estructural, en especial la de Eugenio Coseriu; es consecuencia de una superación crítica del estructuralismo y un cambio de visión hacia una lingüística pragmática” (recuadro, p. 192).

Luis Fernando Lara no se detiene a desarrollar una caracterización teórica de la lingüística pragmática. Encuentro que la define por oposición natural a los procedimientos estructurales que críticamente va rechazando y por los conceptos y formas de análisis que, a partir de su experiencia como lexicólogo, reconoce como válidos. Es así como opone al concepto de *campo asociativo* el de *campo léxico*; entendido, este segundo, como una microestructura dinámica dependiente del contexto. Si mi lectura fue correcta, creo advertir un acento de insistencia, por parte de nuestro autor, sobre el peligro de la universalización de los componentes del análisis. En este sentido, se propone que el empleo de procedimientos como el cálculo onomasiológico sean tratados desde una visión relativista, dado que responde a influencias diferentes, sociales y culturales, entre otras: “Cuando se cree que realmente hay conceptos universales independientes de su formulación en las lenguas del mundo, la investigación lingüística se desvirtúa y aparecen graves errores de análisis. Es imposible y por eso mismo inconveniente tratar de elaborar un catálogo de conceptos universales que sirvan como instrumento del estudio onomasiológico, pues la experiencia de la vida varía de pueblo en pueblo y de lengua en lengua” (p. 207).

Los dos últimos capítulos, 10 y 11, incursionan respectivamente en la reflexión social alrededor del léxico y en una cuidada introducción a la etimología. Lara, al elaborar su texto y exponer sus reflexiones y conclusiones, ha tratado de seguir una rigurosa estrategia pedagógica. No me queda sino apreciar y elogiar su intención porque no es común que un lingüista experimentado tome en cuenta a sus interlocutores de menor sapiencia.

El autor abre cada capítulo con una introducción que es recordatorio de lo expuesto anteriormente –busca mostrar la relación entre lo conocido y lo nuevo– y lo cierra con un llamado de atención a los conceptos básicos que en él se trataron. Al elaborar el desarrollo de cada área temática, hace uso de recuadros donde propone explicaciones o definiciones cada vez que le parecen pertinentes para aclarar la dimensión de los términos y conceptos.

Encontramos igualmente llamados de atención, a la manera de las glosas, que se ubican al margen del texto. El objetivo de estos otros recuadros es ampliar, con comentarios informativos o reflexivos, el contenido de una determinada exposición. Un ejemplo que personalmente aprecié en mi lectura del *Curso* es el de la p. 201, donde la introducción de las funciones *referencial*, *sintomática* y *apelativa* del

signo lingüístico, se acompaña de un breve recuento biográfico de su respetado expositor: Karl Bühler.

Otra estrategia didáctica del autor es el empleo de ejemplos de la vida cotidiana para iniciar la explicación de unidades y conceptos, que si bien son parte de nuestro uso diario del lenguaje, es muy probable que no hayan sido sometidos al escrutinio lingüístico por parte del estudiante. Encontramos, así, que una reflexión por demás profunda y compleja, que tiene como finalidad descartar la preeminencia innata o idealista de la *forma* y enfatizar el papel de la *lengua histórica*, da inicio con el ejemplo de un bebé que produce su primera sílaba con la forma acústica *ma*: “Es la persona que oye la fonación del bebé quien le asigna valor a ciertos sonidos, los vuelve pertinentes para la lengua, y, con ello les da *forma*, para poderlos considerar elementos de la lengua que habla” (p. 55).

Llamar la atención del estudiante hacia la actividad lingüística en sus manifestaciones simples y cotidianas es una pauta que Luis Fernando Lara trató de mantener a lo largo del libro. No obstante, observo que la estrategia docente se desdibuja a veces. Lo anterior ocurre, sobre todo en la primera parte del *Curso*, donde la disertación, siempre bien fundamentada, pero a veces excesiva en conceptos, puede ser difícil para los estudiantes que se inician en la lingüística. El tratamiento de la unidad *palabra* en el marco de los estudios lingüísticos es, a no dudarlo, apasionante, pero la cantidad de información que se condensa en ciertos momentos del *Curso* lleva a preguntarnos qué dificultades va a enfrentar el maestro para transmitirla y qué tan capaz será el alumno de procesarla en lo que vale. Un ejemplo es el capítulo 3, donde el autor tomó en sus manos, entre otras dificultades, la tarea de explicar los procedimientos de segmentación, los sistemas morfológicos y las pruebas de cohesión de los morfemas en diferentes lenguas. Su exposición teórica, que da comienzo mesuradamente, se desboca de pronto en una densa oferta de información conceptual. Como resultado, “al concluir la lectura” de sus 27 páginas, el lector se ve confrontado a “dominar” 29 “conceptos básicos” (cf. pp. 53-82). Es mi impresión que en éste y otros capítulos de la primera parte, la amplia e irrefutable erudición del lingüista predominó sobre la intención del docente. No he querido dejar este comentario en el tintero porque el *Curso* es una aportación que esperamos sea objeto de reediciones. Sería deseable entonces, que sin sacrificar la profundidad de la exposición, sus conceptos básicos quedaran distribuidos con mayor parsimonia. Maestros y estudiantes podrán así transitar con detenimiento por los valiosos conocimientos que Luis Fernando Lara ha vertido en esta obra.

DORA PELLICER

Escuela Nacional de Antropología e Historia